VI

## El secreto.

No tengo para qué decir que Maria fué mi primer pensamiento al despertar al dia siguiente: lo primero que hice fué acercarme à la ventana y mirar al cielo. Llenose mi pecho de congoja al ver que la nieve había cesado de caer y que el sol brillaba en el cielo invernal. Abri la vidriera y sentí el frío cortante como el filo de un cuchillo, Recogi un poco de nieve del marco de mi ventana, se desmorono en mi mano y cayó al suelo como harina. Inmediatamente comprendi que à la tempestad de nieve habia seguido un frio intenso. Bajé à mirar el termometro que estaba fuera en el corredor de la casa: acusaba doce grados bajo cero; cobré esperanza, pareciame que María iba á ser salvada; el viento soplaba del Este, y mientras durase asi, continuaria la helada y esa tumba blanca en el camino esconderia el terrible secreto de aquella noche.

Ademas, encontré que la condición de Maria

era tan buena como se podía esperar, dadas las circunstancias. Desde que había despertado del largo sueño artificial en que la había sumido por medio del opio, no se habían presentado ningunos sintomas alarmantes ni habían vuelto las alucinaciones de la vispera. Estaba débil, muy débil, hablaba poco, y las escasas palabras que decia no hacian la menor referen-

cia à asuntos prohibidos o peligrosos.

Un dia tras otro vi pasar, y el hielo retenia al mundo en un abrazo de hierro y guardaba el secreto de la noche fatal. Todas las mañanas, al despertar, hallé el viento todavia soplando del Este, el cielo claro y despejado, y que todo indicaba la prolongación del frio. Establecióse firmemente en mi espiritu el presentimiento de que ibamos á salvarnos, pues parecia que el cielo mismo trabajaba á nuestro favor y nos escudaba.

No he mencionado el año en que ocurrió todo esto, pero sin duda muchos habra que recordaran la época en que cayo esa enorme cantidad de nieve y la helada que por tanto tiempo la retuvo sobre la tierra: así podrán fijar la fecha. Desde entonces nunca hemos tenido tiempo que

se le parezca. El estado de Maria mejoraba de dia en dia. Cumpliré mi promesa librando al lector de toda descripción innecesaria del tratamiento que di à mi enferma y omitiré la descripción técnica del caso; pero si diré que antes de muchos dias me convenci de que tenia delante de mi una de aquellas raras ocasiones en que sucede que el equilibrio mental se recupera por el sueño fo zado, y el restablecimiento de la salud es te sólo cuestión de tiempo y cuidado.

Apenas me hube convencido de que hab cesado todo peligro á la razón y á la salud Maria, empecé à considerar qué plan era precis emprender un viaje, ò en cualquiera tiempo e que comenzase el deshielo, aunque su salud i lo permitiese todavia, era necesario huir del tenido un papel tan terrible, aunque sin re ponsabilidad moral alguna. Era preciso inter poner tierras y mares entre nosotros y el fatt lugar. Mas, ¿cómo persuadirla de que tal fug era absolutamente necesaria? Aunque ahon nos llamábamos hermano y hermana, posible e que no consintiera en acompañarme al extrat jero; por otra parte, yo tenia mis dudas sobi si mi amor por ella me daba el derecho de pi nerla en situación tan equivoca. ¡No, mil vece no! Y sin embargo, en Inglaterra no tenia elli seguridad alguna, y si no se iba de Inglatern conmigo ¿con quién podía irse?

No me atrevía à darle la verdadera razón que nos impelia à la fuga. Mi mayor esperanza en la de que los acontecimientos de esa noche hu biesen desaparecido de su mente con la locur para no volver jamás. Urgia el tiempo, ya habia pasado diez dias, y aunque el hielo aun oculta ba nuestro secreto, no podía durar indefinida mente. Bien pronto los blancos montones de nieve habrían de derretirse y desaparecer; de

entre ellos se asomaría el rostro frio de sir Mertyn Ferrand, á narrar la historia de su muerte al primer transcunte.

Apenas me hube convencido de que habita cesado todo peligro à la razón y à la salud e noche. Un dia, guiado por una especie de fas-María, empecé à considerar qué plan era precis chación mórbida, emprendí el camino de Roadoptar. Apenas estuviese bastante bien par diag y me detuve en el mismo punto en que me emprender un viaje, ó en cualquiera tiempo e parecia yacer el cadáver al lado del camino que comenzase el deshielo, aunque su salud e casi creí reconocer el barranco bajo el cual yalo permitiene todavía, era necesario huir del cia aquel objeto horrible. Tuve tentación de escena de esa tragedía en que la pobre habita hundir en la nieve mi bastón, por ver si estaba tenido un papel tan terrible, aunque sin resulti; la resistí y me alejé del lugar sin llevar à ponsabilidad moral alguna. Era preciso interestable tantento.

Ya había algún tráfico en el camino; la nieve había sido pisoteada y endurecida por el conúmo pasar de carretones y de gentes; de modo que erá fácil caminar de un lugar á otro. Al legar á la casa de donde Maria había huido para venirse á la mía, me encontré con la señora Wilson: iba á pasar de largo, pero ella me detuvo preguntándome:

- -¿No pensaba usted llevarse á su hermana? -Desgraciadamente la señora Ferrand se enfermó poco después de ida de casa de usted, y hoy todavia no está en estado de viajar.
- -¿Ha tenido ella noticias de sir Mervyn? pregunto de repente.
- -No que yo sepa.
- —Es extraño. Sin duda usted sabe que él debía haber venido á mi casa esta noche.
- —Ciertamente lo se; fué por esa razón que mi hermana salió de casa de usted.

La señora Wilson me miró pensativamente — ¿Es decir que nunca lo volverá à ver?

- Nunca! le dije, pensando al hablar que esa palabra tenia un significado que ella no comprendia.

-¿Es decir que lo odia?

 Ha sido cruelmente ofendida, contestéle evasivamente.

Apoyando su mano en mi brazo, me dijo:

— Diga usted. Si yo tuviese seguridad de que ella lo odia à él, la buscaria antes de su partida, pues tendría algo que decirle. Si supiesa que él la odia à ella, se lo diria à él. Esperaré

a ver que trae el tiempo.

Volvióse en dirección opuesta y se alejó de mi dejándome entender sus paiabras enigmáticas como mejor pudiese. Sin duda ésta era una mujer extraña que, como yo lo había sospechado, algo había tenido que ver con sir Mervyn Ferrand en tiempos pasados. Sentime inclinado á seguirla y á pedirle una explicación, pero comprendi que cuanto menos habíase con ella seria mejor. El conocimiento que ella tenia de la relación existente entre María y el hombre muerto era el mayor peligro que nos amenazaba una vez que se descubriese el secreto.

Después de caminar algunos pasos, la seño-

ra Wilson se volvió y me dijo:

-Déme una dirección á donde pueda escri-

birle, acaso tenga que hacerlo.

Vacilé un instante, luego le dije que cualquier carta para mi, enviada à mis banqueros a Londres, me llegaria tarde ó temprano. Aún era demasiado pronto para que empezásemos aesconder nuestros movimientos, lo que hubiera despertado sospechas. Después de contemplar la tumba blanca á la orilla del camino, ad juirió mayor grado de intensidad la impaciencia que tenía de alejar á María de aquel lugar Además, ya habia decidido lo que era preciso hacer con ella: mi resolución era la de llevarla á Londres apenas pudiese soportar el viaje y ponerla bajo la protección de mi madre, una de las mujeres más leales, más nobles y más tiernas que había en el mundo.

Estaba aguardándome en Londres, á donde ya le había escrito yo que la grave enfermedad de un amigo me impedia dejar mi casa por algunos días. Resolvi ir á donde ella estaba y contre toda la triste historia de Maria, menos ese capitulo obscuro que, según me lo prometia yo, la misma Maria ignoraba. María iria á donde mí madre, á quien yo iba á decir cuánto era mi amor por esa pobre niña; implorando su amor de madre por mi. le suplicaría que la reciblese á ella como á hija suya, y me alentaba la esteranza de que, por cairño á mi. su hijo.

accedería à mi ruego.

María ya estaba convaleciente. Hoy, cuando descanso la pluma un momento para recordar esos días de sobresaltos y temores, me maravillo de cómo me atreviá dejar transcurrir tanto tiempo sin apartar á María de aquellos alrededores. Sólo puedo atribuir mi dilación á un septimiento de fatalismo que me decia que ta-

do habría de salir bien al fin, ó á un instint profesional que me impedia hacer todo aquel que pudiera retardar ó impedir la reposició del enfermo. Mas ya la hora de obrar habl sonado.

Maria era otra vez la misma Maria de ante sólo si que su ademán era más tranquilo y c mo subyugado. Sus palabras y su conducta p ra conmigo eran tiernas, cariñosas y fratern les. No tengo para que decir que durante est dias no atravesó mis labios palabra alguna on hubiera preferido no haber dicho. Si no el per samiento del amor, al menos toda manifeste ción de él habían sido separados de mi espir tu hasta que brillase en nuestro horizonte aurora de más felices días: y ello porquedigo intencionalmente y acaso exponiêndom á ser censurado-María era á mis ojos tan pr ra y tan inocente como el dia en que por ve primera nos encontramos. Si sus manos estabal manchadas con la sangre de sir Mervyn Fe rrand, ella ignoraba la existencia de tal man cha; los danos que había sufrido habían irrits do su espiritu hasta la locura, y la locura, n ella misma, era responsable del acto cometido

Nunca pronunció el nombre de ese hombre parecia que nunca hubiese existido para ella o que su recuerdo fuese tan sólo parte de usueño olvidado. Apenas pudo levantarse de su cama, y cuando ya me era dado gozar de su compañía durante horas enteras, hablames de muchas cosas, pero nunca de sir Mervyn Ferrand ni del pasado inmediato.

Sin embargo, á veces su mirada me inquietaba; de vez en cuando la encontraba contemplandome con ojos ansiosos é inquietos que parecian querer leer algo que yo les escondia. Una vez me preguntó de dónde habia venido á mi casa la noche en que lo hizo.

De entre el torbellino de nieve, le dije tan alegremente como pude. Era usted presa de

ma fiebre delirante.

-¿En dónde habia estado yo? ¿Qué habia estado yo haciendo?

—Supongo que vino usted directamente de casa de la señora Wilson. Es todo lo que sé.

Suspirando volteó la cabeza en otra dirección, mas á poco hallé sus ojos inquietos y sustados clavados en los mios; tan sólo podía vo sostener su mirada con valor y pedir al cielo que nunca permitiese à Maria llenar el vacio que esas horas formaban en su existencia.

Quince días después del dia fatal salimos de mi casa. Ya era yo, como se dice legalmente, in accesorio después del acto, pues que hacia bdo esfuerzo para salvar à Maria de la persetasión de la justicia. Para evitar toda sospecha. decidi no cerrar mi casa; asi fué que la dejé al cuidado de mi fiel Juan, à quien dije que aguardase mis instrucciones. Por lo pronto, le disque si preguntaba alguno por mi, contestase que habia partido para Londres con mi hermana in figar el dia de nuestra vuelta.

Suponiendo que todo fuese bien, ya me sería dado más tarde deshacerme de mi casa sin mavor dificultad: en cuanto á mi, nunca desearia

95

volver à ese lugar. Maria consintió en to mis arreglos. No se opuso á acompañarme ciudad, tenia en mi una confianza infantil. lo una vez me preguntó:

-Iremos à la ciudad, Alberto, ¿pero d

pues?

Aun en medio del peligro que nos amenaza tuve que hacer un esfuerzo supremo para arrodillarme à sus pies y decirle que mi am daria la solución del futuro.

-Le tengo preparada una sorpresa en Le dres, agregué. Confie usted en mi y no tend

que deplorarlo.

Tomo mi mano entre las suvas:

-¿En quién más que en usted puedo confit Alberto; usted ha sido muy bueno para cont go, y en cambio vo lo he hecho desgraciado usted. Ya es demasiado tarde para remediar. Sacudi la cabeza negativamente.

pero vo nunca olvidaré estos dias.

Sus ojos se llenaron de lágrimas; vo me l cline v bese su mano con reverencia, y dije q cuando una vez más volviese yo á ver en labios la sonrisa de otros dias, cuanto vo hal hecho por ella estaria pagado mil y mil vec Y al decir esto hacia estremecer mi voz el pe samiento de la triste suerte que tal vez agnardaba.

Tomamos un coche para ir à Roding y fuerza tuvimos que pasar por frente de la ca de la señora Wilson. Al llegar alli, Maria se algo; sin embargo cambió de idea y guardo silencio. Senti un temor horrible de que los

etos del camino pudiesen despertar algún retuerdo en su memoria; mi corazón palpitó con violencia cuando nos acercamos á ese barranco, en donde crefa yo que la nieve amontonada ocultaba nuestro secreto.

Senti que una palidez mortal cubria mi rosro, tuve que voltear la cabeza en otra direción y mirar por la ventana opuesta. Mi estado de ánimo aumentaba en inquietud con la conciencia de que María tenta fijos en mi los ojos nquietos y turbados: ya sentía yo que la tenión era demasiado fuerte para soportarla, y empezaba á preguntarme si en mi vida volveria tener un momento tranquilo o feliz.

Después de un largo silencio me preguntó

-Digame, Alberto, tha sabido usted algo de se hombre?

-¿En donde esta? Iba à venir aquella noche. Sabe usted si vino?

-Supongo que no. ¿Por qué me pregunta sted?

-Alberto, hay un sueño horrible que me pergue. Hay algo que soné vo esa noche terrible, go que sueño todavía. ¿Digame qué fué?

Comence à sudar frio.

-Mi querida Maria, le dije, nada de extraño ene lo que usted sueña ahora. Hoy está usted en, pero esa noche habta perdido el sentido; is sueños de ahora son sólo restos de ese delivantó á medias y pareció quererme pregundo. No dé usted más pensamiento á esa miseble, que sin duda está llevando en París la vida que más le gusta. Piense usted tan sólo en un porvenir tranquilo y feliz.

Estaba resuelto à hacer todo lo posible para impedir que ella tuviese conciencia del hecho fatal. Me hice violencia y hablé en tono alegra y hasta jocoso, burlándome de algunos aldeanos que pasaban por el camino abrigados grotescamente. Le mostré la belleza de los árboles, cuyas ramas parecian estar cubiertas de nuevo follaje de luciente nieve. Hice cuanto pude para cambiar el curso de sus pensamientos, para quitar de sus ojos esa mirada inquisidora. Me senti aliviado cuando por fin nos hallamos en el tren, y la primera etapa de nuestra fuga era un hecho cumplido.

Al llegar à Londres nos dirigimos inmediatatamente al hotel en donde estaba hospedada ml madre. Era uno de esos hoteles privados de la mayor respetabilidad y caros. Tomé cuartos para mi hermana y para mí, conduje à María al suyo para que descansase y fuime en busca de mi madre.

Un momento después estaba en sus brazos, y antes de media hora le había contado la historia de María, le había pintado el amor que le profesaba é implorado su protección para ella.

Habia hecho yo muy bien en confiar en mi madre; bien conocía yo la nobleza de su carácter y su absoluta independencia de las trabas artificiales de la sociedad, y además sabia el amor que me profesaba. Una vez más le doy las gracias por lo que hizo por mi ese día. Ella eseuchó en silencio mis confidencias, todo, todo

se lo dije, menos dos cosas; el nombre del hombre que habia ofendido à Maria, y la suerte que le había tocade. Como lo he pintado en estas pág nas, le dije cuánto era mi amor por Maria. además que esperaba que algún dia ese amor seria devuelto. Le supliqué que se apiadase de la pobre niña, que la acogiese en su corazón y que tratase de devolverle, si era posible, el sentimiento del respeto propio. Mi madre me escuchaba, su rostro palideció, temblaron sus labios vlas lágrimas asomaron á sus ojos. Así comorendi lo que pasaba por su espíritu. Yo sabia mán orguilosa estaba de mi, y qué grandes cosas se prometia habria yo de hacer en el mundo. Era mujer, y como tal esperaba que su hijo liciese un matrimonio ventajoso; pero, à pesar de ésto, vi que habla hecho bien en contar con su ayuda. Recibe mis gracias una vez más, madre querida.

Mi madre se puso en pié.

— Quiero ver á la mujer á quien ama usted, me dijo. ¿En dónde está? Vamos á verla.

—Está aqui en esta casa, madre mia; bien sabia yo que usted haria esto por mi.

Me beso en la frente, diciendome:

-Traigala usted aqui.

Sali del cuarto y mandé llamar à Maria, quieu à poco se presento. Habla removido toda señal del trajin del viaje, y aunque pálida, parecia la perfección de la belieza encarnada. La conduje al cuarto de mi madre; se detuvo ruborosa en el umbral de la puerta al ver que estaba ocupado por una señora.

98

—Mi querida Maria, le dije, esta señora es mi madre. Le he contado todo, y la aguarda á us ted para darle la bienvenida.

Permaneció inmóvil, inclinó la cabeza y su pecho pareció sacudirse. Mi madre vino á su lado y, abrazándola, murmuró en su oido algunes palabras que ni ol, ni traté de oir. Maria estalló en sollosos y durante algunos momentos, lloró con la cabeza recostada en el hombro da mi madre. Luego alzó sus ojos hacia mi, llenos de una expresión que hizo palpitar mi corazón.

-¡Alberto, hermano mio, exclamó, usted es

demasiado bueno conmigo!

Mi madre la llevó al sofá y se sentó junto à ella, teniéndola siempre abrazada. Alli las dejé yo, sabiendo que Maria habia encontrado el corazón más noble y más leal en que descansar, el oido más compasivo y apreciador de la historia de su daño, y la voz más suave y más blanda para cousolarla y aliviarla. ¡Cuán feliz me hubiera sentido yo si la obra negra de aquella noche no se hubiera ejecutado, ó si al ménos la blanca tumba de nieve hubiese guardado para siempre su fatal secreto!

VII

## El deshielo.

Una vez realizado el primer paso de nuestra fuga en busca de seguridad, puseme à estudiar la situación y à determinar lo que seria más conveniente hacer. Traté de imaginarme las consecuencias del inevitable descubrimiento del cadaver de sir Mervyn Ferrand Púseme a calcular con toda calma de donde podía venir el peligro del descubrimiento y cómo seria más facil evitarlo. Sin duda que la señora Wilson era la persona à quien más había de temer; sólo ella sabía que ese hombre pensaba llegar à Roding aquella noche; sólo ella conocia las circunstancias que mediaban entre él y María. La tempestad de nieve fijaria la noche del acontecimiento, y yo comprendi que una ves que el cadaver fuese identificado, la señora Wilson no podria menos que asociar la desaparición repentina y subsiguiente enfermedad de su huésped con el terrible acontecimiento. Apenas revelase lo que sabia o suponia, la soepecha se dirigiria sobre la verdadera persona. Les ti que mi corazón se enfermaba al ver que 1 o habia salida posible de este peligro.

Poco me importaban los detalles secundarios. Considerándolos friamente, no creí que mi estelido Juan diese con la conclusión justa, ln caso de sospechar à alguno de nosotros, seria à mi, no à Maria: su cariño por mi era tal, que sentiría que si algo había hecho yo, tendría buenas razones para hacerlo. Ninguna palabra contra mi atravesaría sus labios reticentes.

Varias veces me habia censurado á mi mismo amargamente por haber cedido al in prudente impulso que me hizo arrojar lejos de mi trarma iatal. ¿Por qué no la guardé para sequitarla después, muy, muy hondo en la tierca? Si encontraban esa pistola, por ella podia seguirse la pista, y todo trabajo podía ser desdecto. Tranquilizábame la esperanza de que tal vez hubiese caido en algún lugar en donde no fuese descubierta sino en muchos años después, cuando ya no fuese posible asociaria con el asesinato de aquella noche terrible.

Resumiendo brevemente, tuve que confesar que la evidencia circunstancial que podia ser aducida por la señora Wilson era de tal naturaleza que me era preciso adoptar mi plan original No había probabilidad alguna de que mi pobre María pudiese escapar á la sospecha y á la acusación del acto ejecutado por su mano sin que ella lo supiese; así pues, su única esperanza de seguridad, más aún, la única esperanza de seguridad, más aún, la única esperanza de seguridad, más aún, la única esperanza de seguridad.

peranza de seguridad que vo mismo tenía, estaba en la fuga, y en la fuga más rápida posible. Nos era preciso llegar à alguna tierra en donde pudiésemos vivir sin el temor de ser apresados. ¿Cuál seria ese país? Eran muchos los que presentaban tal ventaja. Los sucesos que estoy narrando tuvieron lugar antes de 1873, que fué la época en que se celebraron casi todos los tratados de extradición en Inglaterra; entonces había tratado de extradición con sólo dos naciones extranjeras: la Francia v los Estados Unidos. De modo que para nuestra elección de morada teniamos más en donde escoger que los que hoy huven al extraniero queriendo escapar de las garras de la justicia. Sin embargo, para tener completa certidumbre respecto de lo que más me convenía hacer, consulté con un amigo mio, abogado residente en Londres, y, citàndole un caso supuesto, obtuve de él todos los informes necesarios respecto á las prácticas existentes entre las naciones, cuando se trataba de devolver fugitivos de la justicia.

Hallé que aun cuando solo existían tratados con las dos naciones mencionadas, sin embargo, existía una especie de contrato tácito no escrito, que suplia al tratado de extradición. En virtud de este código de cortesía, no era cosa rara el que un criminal de nota que buscaba tefugio en tierra extraña fuese entregado á sus perseguidores, obligándolo á salir del país, cuya frontera lo protegia. Sin embargo, también me informó mi amigo, que esto no podía espe-

tarse, ni aun tratándose de la nación más amiga, sino cuando el fugitivo se presentaba, por decirlo así, con las manos tintas en sangre todavia de modo que fuese imposible revocar el crimen á duda.

Por otra parte, nadie sabía hasta qué punto era posible contar con esta clase de favores internacionales, generalmente se suponía que esto iba à ser decidido por la influencia ó persuación que el un gobierno pudiese ejercer sobre el otro

Estos informes trastornaron las ideas que tenía yo de la facilidad en que por medio de la
fuga podiamos obtener seguridad completa; reflexionando bien, convencime à poco de que no
había mayor causa de temor, sobre Maria sólo
podrian pesar sospechas. Nadie había visto, ni
yo siquiera la ejecución del hecho. Sin duda
que se daria orden de apresarla, mas si lográbamos eludir dicha orden por medio de la fuga
no era probable que ningún gobierno se pusiese al servicio de la ley inglesa. Yo era el
único en el mundo que podia jurar positivamente que Maria había matado à sir Mervyn
Ferrand.

Supe también que España era entonces como lo es hoy todavía el país del mundo en donde as más facil protegerse de la ley ingleaa. Ello sará tal vez porque el español, que ora es grave y frio, ora ardiente en sus pasiones, estima la vda humana en más bajo precio que las naciones del Norte. A España, pues, volvi los ojos

y resolvi llegar alli sin perder una sola hora de tiempo.

Al dia siguiente toqué el punto de viajar en el extranjero en una conversación que tuve con mi madre. Llenábame de gozo el ver al cariño que en tan corto tiempo se habia establecido ya entre ella y Maria; parecia que la pobre nina se acogia á ella como á su protectora natural y que en su corazón mi madre ocupaba va el puesto de la madre que había perdido. El cariño de su propio sexo es indispensable á la felicidad de las mujeres. ¿Cómo se henchia mi corazón d : placer al verlas juntas! Maria hablaba con mi madre como nunca lo habia hecho conmigo, y bien comprendia yo que cuando llegase el dia en que pidiese vo la única recompensa suprema que ambicionaba, el recuerdo del cariño y la bondad de mi madre para con ella, abandonada y avergonzada, seria argumento poderoso que abogaría en mi favor.

¿Era esto posible? ¿Era posible que nosotros hallásemos la felicidad después de la negra obra de aquella noche? ¡Ay de mil Se me hundia el corazón al pensar que el golpe terrible podia caer sobre nosotros en cualquier momento. Que no haya, pues, la menor dilación, que no tengo yo que culparme amargamente mañaña por imprudente descuido ó sentimiento de falsa seguridad. Huvamos del peligro.

-Madre, le dije, ¿quiere vd. venir al extranjero con Maria v coumigo?

-tAl extranjero, Alberto? 1Si apenas acabo

—No importa, vámonos inmediatamente; vámonos à algún lugar á donde haya aires tibios y sol brillante. Vamos á España.

—A España, ¿y por qué á España? Además, Maria no está en estado de resistir ese viaje

tan largo.

-Mucho bien que le hará pues todo en este país evoca para ella tristes recuerdos.

-Bueno, dentro de una ó dos semanas de-

cidiré.

—No, no, ha de ser inmediatamente. Partamos mañana ó pasado mañana á más tardar. Lo pido como favor especial.

-Si para ello me dá usted alguna buena ra-

zón, lo haré como usted desea, Alberto.

-Mireme bien, madre mía, y no necesitará usted más razones. ¿No ve usted que estoy enfermo, fatigado, nervioso? Necesito cambiar de aires sin la menor dilación.

Mi madre me contempló con cariño.

—Veo que usted está enfermo; pero ¿por qué hemos de ir á España?

—Capricho, antojo de enfermo. Tal vez se me ocurrió por ser la patria del padre de Maria. ¿Qué opinión se ha formado usted de ella?

-Es la mujer á quien usted ama, es muy bella, ha sido cruelmente tratada y es inocente. Seria exageración de mi parte, después de tan corto conocimiento, el decir algo más.

-¿Vendrá usted à España conmigo, con ella,

madre mia?

Me besó en la frente y cedió á mi súplica. Busqué á María y le dije con una sonrica forzada, como eran entonces todas mis sourisas; -Mi madro nos ve à lievar al extranjero, ella

se encarga de alistar todo para usted.

—Su madre es muy bondadosa y muy tierna,
dijo Maria con entusiasmo. Alberto, mi cariño

por ella es casi una adoración ya. ¿Pero por que vamos al extranjero?

-Por dos razones: la una, para huir de tristes pensamientos; la otra porque estoy en-

Miróme con cierto aire de temor que trajo la

sangre à mis mejillas.

-Vámonos inmediatamente de esta tierra helada y fría, yo lo cuidaré á usted hasta que vuelva á su salud. ¿Cuándo nos vamos y á qué pais?

—A España, mañana ó el día siguiente. Volvióme à mirar con aquella expresión asustada que ya había mirado tantas veces:

-Esto lo hace usted por amor a mi, Alberto.

-Y por amor à mi mismo también.

—¡Ay de mil Yo deseché el amor de usted, arruiné su vida, volví à su casa llena de vergüenza; y usted me salvó y no me despreció y me trajo à los brazos de su madre. Alberto, Dios se lo pagará à usted, porque nunca yo podré hacerlo.

Estalló en lágrimas y abandonó el cuarto precipitadamente.

Muy bien hice yo en arreglar el asunto del viaje ese dia. Esa tarde misma cambió el viento y entró un deshielo que poco a poco aparte el velo blanco que cubría la superficie de Inglaterra.

Poco logré dormir aquella noche. En mi desvelo mi imaginación se volvia constantemente hacia aquella tumba blanca, que con segura lentitud desaparecía hasta que el rostro livido se asomaba de entre ella à hacer público el horrible secreto. ¿Quién sería el primero en descubrirlo? Sin duda que sería algún aldeano ó aldeana que cruzase aquel camino solitario antes de rayar el día. ¡Trazábase la escena del horror que sentiria el que primero viese aquel cadaver: oia el grito de pavor que habia de escaparse de su pecho! No me atrevi à cerrar los ojos, porque presentía que en mis sueños me hallaria de pie, fijo, junto al monton de nieve que se derretia delante de mis ojos. No me era posible dormir en tanto que Maria no estuviese lejos de toda persecución.

Una vez que empezó el deshielo continuó con gran rapidez; el primer dia tuvimos aire caliente y el segundo lluvia abundante, lo que en gran manera, lo precipitó. Esa tremenda caida de nieve era el último esfuerzo del invierno. Me estremeci al leer los diarios de la mañana.

Haefa tres días que habíamos convenido en el viaje y todavía estábamos en Londres. Una vez que resolvimos ponernos en marcha, fué preciso hacer mil distintos preparativos: era necesario primero un pasaporte, luego mi madre tenía muchas cosas que comprar tanto para si misma como para Maria. Ya se sentía perfectamente contenta con la idea de una lar-

ga permanencia en el continente; pero le gustaba viajar con comodidad y se oponía à que la apurasen. Así fué que, apesar de la necesidad de fuga inmediata, todavía estábamos en Londres.

Esta dilación peligrosa me había vuelto irritable, nervioso y mal humorado. El estado de mi ánimo no dejó de tener algún buen efecto para el logro de mi deseo; puesto que tanto mi ademán general como mi aspecto convencieron á mi madre de que mi salud era el único objeto de nuestro viaje. Así, pues, con su bondad habitual puso manos á la obra de prepararlo todo para la partida.

Al dia siguiente debiamos partir. Rogué al cielo que no fuese demasiado tarde, y que no sucediese lo que yo temía en las próximas veinte y cuatro horas. Ya la luz del dia debia brillar sobre el rostro pálido y á la orilla del ca-

Haciendo un esfuerzo, abri un diario de la mañana, cuyas columnas recorri con la vista precipitadamente. ¡Qué me importaban á mi la politica, ó las noticias extranjeras, ó las del mercado monetario! Ahi estaba ese párrafo, al cual se aferró mi atencion. La tumba blanca habia revelado su secreto. Leed esas palabras, que para mi estaban escritas con letras de fuego:

HORRIBLE DESCUBRIMIENTO CERCA DE RODING.

—El deshielo ha traido á luz lo que sin duda parece ser un crimen horrendo. Ayer por la tarde un labrador que transitaba por un camino cercano á Roding descubrió cerca del ba

rranco el cuerpo de un caballero. Su muerte fué causada por un pistoletazo. Se cree que el crimen i bió ser comendo la noche de la gran tem i stad de nieve y que el crerpo permaneció oculto por la nieve que se había amontonado á varios pies de profundidad. El hecho de que la muerte ha debido ser instantánea y de que no se ha encontrado arma ninguna cerca del lugar, hacen desechar la teoria de que éste fue un suicidio. Por las cartas y papeles que se encontraron sobre el cadáver se colige que es el de sir Mervyn Ferrand. Ya se ha dado parte de lo sucedido á los amigos de este infortunado caballero y la investigación empezará mañana.»

Durante algunos minutos permaneci estupefacto: la conciencia que tenía de que el descubrimiento era inevitable no hizo ni menos rudo el choque, ni que el peligro apareciese menos terrible. ¡Si tan sólo nos hubiéramos puesto en marcha ya! ¡si tan sólo pudiésemos emprender marcha hoy! Solo Dios sabe cuantas cosas pueden acaecer en el corto espacio de un día. Mi primer impulso fué el de ir à ni madre à suplicarle que apresurásemos la partida; mas á poco, reflexionando sobre tal proceder, comprendi que era en sumo grado desavisado, pues daria por resultado inmediato el alarmarla á ella y a Maria. No me seria posible dar explicación alguna de mis instancias. Mi supremo deseo era el de impedir que mi bien amada se impusiese de la fatal noticia. Si sus ojos caian sobre ese parrafo que la contenía, nadie podría

responder de las consecuencias. Como médico me era facil ver que en la mente de María habia algo relacionado con esa noche, que la inquietaba: un sueño, ó más bien la vaga reminiscencia de un sueño, à que por fortuna no podia dar cuerpo ni coherencia. Si por casualidad, ella llegaba à saber que sir Merven Ferrand yacia muerto en el lugar en donde ella lo había encontrado, desde aquella noche memorable, la idea de lo que en realidad habia ocurrido penetraria poco á poco en su mente. A todo trance era preciso evitar la menor sospecha. Mi tarea era, pues, doble: tenia que salvaria, no tan sólo de lo que supongo he de llamar la justicia, sino también de si misma. Pareciame que esto último era la parte más dificil de mi tarea, y empero juré que la llevaria à cabo. Para lograrlo me era preciso vigilar y estar constantemente alerta, para impedir que llegase hasta ella la menor cosa que pudiera despertar recuerdos de esas horas felizmente ausentes de su memoria.

Rasgué el periódico delator y quemé los pedazos. Creo que de todos mis días obscuros esa es el que más pavor me causó, y el que por ningún motivo quisiera volver á vivir. El menor ruido de pasos me hacia estremecer. Si un hombre cualquiera se detenía por casualidad un instante fuera, enfrente de nuestras ventanas, al punto me sentia bañado en un sudor frio. Y era lo peor que, en medio de tanta miseria, me era preciso aparentar contento y presentar un rostio alegre, y hablar con mi madre y con

UNIVERSIDAD DE MUEVO CEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARÍA
"ALFONSO REYES"

Maria sobre los placeres que se nos esperaban en nuestro proyectado viaje. Si tan sólo lograramos dar fin à ese viaje con felicidad, tal vez esos placeres no serian imaginarios.

Una vez más os digo que si no podéis sentir conmigo, debéis arrojar lejos de vosotros esta narración, que bien sombria es ella por cierto! Yo me ocupaba en quebrantar la ley, en ocultar lo que la ley califica de crimen; mi única ansia era la de salvar al criminal. pero ese criminal no era otra persona que Maria, el amor de mi vida. Yo mismo no habria tenido inconveniente en encontrarme cara à cara con sir Mervyn Ferrand, en duelo mortal, listo à sacrificar mi vida, con tal de tener la seguridad de que él también había de perecer. ¿Por qué pues, censurar à Maria porque, en un momento de locura, había llevado á cabo lo que yo hubiera ejecutado á sangre fria? Y, por otra parte, ¿qué necesidad hay de buscar excusas atenuantes? La amo; esas palabras lo explican y lo aclaran todo.

Llegó otra mañana y aun no se había presentado el terrible mensajero. Di una ojeada à los diarios, en los cuales no hallé nada nuevo sobre el suceso que me preocupaba. Poco después de las diez tomamos un coche y nos dirigimos á la estación de Charing Cross. Pareciame que el ruido de las ruedas en las piedras infundía nueva vida á todo mi ser: por fin emprendiamos camino en busca de la seguridad.

Tentamos bastante tiempo todavia antes de la salida del tren, pues yo habia arreglado las

cosas de modo de poderme detener en casa de mis banqueros. Mi plan era el de lleva- contiigo una fuerte suma en oro. Los billetes de banco pudieran delatar nuestro paradero ó marcar nuestra huella, mientras que los brillantes soberanos de oro nada revelarian. Al presentar mi cheque pregunté al cajero si tenia algunas cartas para mi, pues varias personas me escribian al banco. A poco, con la talega que contenía el oro, que acababa de pedir, me fué entregada una carta, dirigida en letra de mujer. La guarde sin abrirla, dejandola, para cuando

tuviese tiempo de leerla.

Ibamos para Paris, por la via de Folkestone y Boulogne. La estación no era la más adecuada para viajar, pero yo hice cuanto pude por la comodidad de mis dos compañeras, envolviendolas en abrigadas mantas y tratando de disminuir los sinsabores de una peregrinación cuyo ostensible objeto era el de hacer bien á mi salud. Mi madre que-era va una viajera de experiencia -se preparo a pasarlo lo mejor posible, aunque, ni sospechaba siquiera, cuán poco descanso iba yo à permitirles antes de llegar à nuestro destino. Entre risas protestaba contra mi crueldad en arrancarla de Inglaterra, à su edad y cuando apenas acababa de volver. Pero en el tono de su voz me era fácil comprender que por amor à mi, ella era capaz de hacer saerificios mucho mayores todavia.

Maria también parecia sentirse más alegre à medida que nos alejábamos de Londres. Reis de mis chistes o esfuerzos de jocosidad, que

THE OWNER OF THE OWNER OWNER OF THE OWNER OWNE

abora, cuando al fin nos hallabamos en camino, en busca de segurido d, eran un poco menos forzados de lo que habían sido durante los últimos días. Escuchaba con interés las descripciones—imaginarias por de contado—que hacia yo de las bellezas del Mediodia; regocijabame con la idea de que el prospecto de visitar la que pudiera llamarse patria suya, despertaba agradables emociones en su pecho. Si tan sólo lograse yo mostrarle que el porvenir podía encerrar promesas de ventura, bien pronto olvicaria ella los sombrios meses que acababan de pasar.

Seguro estoy de que ninguno que nos hubiese visto esa mañana, se hubiera imaginado que de esas tres personas, una matrona inglesa respetable, una joven de sin par belleza y un hombre de aspecto moderado, que partian para el extranjero, dos lo hacian huyendo de la justicia. Nuestra aparieneia era bastante para des-

armar toda sospecha.

-Pero, ¿á dónde vamos? preguntó mi madre. Yo me opongó á esto de vagar de un lugar á otro sin saber cuál será el fin de nuestra peregrinación.

—Primero fremos à Paris, luego à España, hasta encontrar en alguna parte el calor y la luz indispensables à mi existencia. Si no los encontramos en España, pasaremos à Africa, y en último caso fremos hasta el Ecuador.

—Allá írán ustedes dos solos, que son jóvenes. Mi buena voluntad se acaba en Europa.
Volvi á mirar á Maria. Sus largas pestañas

encubrian sus ojos, pero en sus mejillas ardia un rubor que delataba su pensamiento. Fácil me era comprender que no estaba lejano el dia en que ella escucharia mi ruego. Todo, todo saldria bien, si tan sólo me fuese posible borrar el recuerdo de aquella noche. Puiera el cielo que ella nunca sepa el secreto que tan sólo yo

Poco antes de llegar à Falkestone saque de mi bolsillo la carta que me habian dado en el banco, con intención de leerla, mas desisti de hacerlo al ver que tenia la marca de correos de Roding. Recorde la promesa de la señora Wilson de escribirme, si tenia ocasión de hacerlo; à la par que ansiaba leer esa carta, temia hacerlo y comprendia que era mejor abrirla à solas. Cualquiera que fuese su contenido, él con seguridad se referia à María y à sir Mervyn Ferrand.

A poco nos hallamos à bordo del buque en que debiamos atravesar el canal. Aunque los rigores àrticos de las pasadas semanas habían moderado notablemente, el aire era demasiado frio y penetrante y la travesia no era agradable. Convenci à mi madre y à Maria de que debian refugiarse en el salón, y, logrado esto, busqué un lugar retirado en que poder leer mi carta sin temor ni de interrupción, ni de dejar conocer las emociones que produjese su lectura. Mucho me convinieron estas precausiones, pues las primeras palabras que lei me hicieron palidecer. La carta rompia bruscamente así:

"Sé, ó más bien, lo sospecho todo. Sé por qué

aquella noche. Se la causa de la agitación de la hermana de usted. Sé por qué se fué ella de mi casa sin aguardarlo à usted, y sé cómo encontró el la muerte, que tanto merecia.

"Ah! ella es más valiente que vo. Ella ha hecho lo que juré hacer desde hace muchos años, sin atreverme jamás á ejecutarlo. Fui tan vil, que deseché la venganza en cambio de la miserable ayuda que me prestaba: tal vez fue por amor a mis hijos. Tanto me rebaje que consenti en ser su instrumento y me preste à guardar bajo de mi techo à la mujer que creia ser esposa suva.

Si, ella fué más valiente que yo, aunque ella no fué más cruelmente ofendida que yo: à mi podia el despreciarme y arrojarme lejos de si como un guante viejo, porque él nunca se caso conmigo.

"No tenga usted ningún temor por su hermana, si es que ella es hermana suva. Digale que mis labios permanecerán sellados, sobre este asunto, hasta la muerte, y por su valiente acción, digale esto:

"La primera esposa de sir Mervyn Ferrand murió el 18 de Junio de 186-, tres meses antes del dia en que él se casó con la hermana de usted. Ella murió en Liverpool en el número 5 de Silver Street. Fué enterrada bajo el nombre de Lucia Ferran i. Tenia amigos que viven tedavia, v seria facil probar que ella fue la mujer con quien el primero se casó. Su nombre de familia era King. El la odiaba y se separaron.

motivo sir Mervyn Ferrand no vino á mi casa El le dió una suma de dinero con la condición de que no se llamase esposa suya. El la perdió de vista, pero yo siempre la segui. Darante mucho tiempo confié en que ella muriera y en que el se casara conmigo. Mas cuando ella murió, ya era demasiado tarde para la realización de mis esperanzas. A él le di la no icia de la muerte, pero cambiando la fecha y sin querer revelar el lugar en donde había ocurrido. Su viaje à Roning aquella noche tenia en parte por objeto el tratar de arrancar de mi estos informes. Nunca lo hubiera logrado. Si yo no habia de ser su esposa, tampoco lo seria ninguna otra mujer mientras vo pudiese impedirlo.

"Ahora que el ya ha muerto, puede usted decirle á su hermana, que si ella lo desea, puede tomar el nombre y el titulo y reclamar la fortuna que hava. De mi no hay nada que temer. Seré tan muda como la muerte."

VIII

## La faga.

Lei una y otra vsz la carta de esa mujer; su lectura me producia placer y disgusto a un mismo tiempo, predominando sin embargo el primero de estos sentimientos. Si la señora Wilson cumplia su promesa de guardar el secreto, me parecia que no había el menor peligro de que la sospecha pudiere caer sobre Maria. Si ella callaba, nadie podía contar al mundo que una mujer, enloquecida por la ofensa que se le había hecho, había abandonado su casa en la misma noche de la muerte de sir Mervyn Ferrand, y que esa mujer era victima de la traición de ese hombre y tenía pasiones fuertes que, en un momento de delirio pasajero, podian llevarla á tomar con su propia mano una venganza de que-á mis ojos por lo menos-era completamente irresponsable. Si se pudiese confiar en el silencio de la única persona que podia nacernos daño, hasta cabía en lo posible.

el que volviésemos in mediatamente à Londres sin el menor temor. Vacilé, porque pensé que, después de todo, hay algo de despreciable en la fuga. ¿Sería prudente confiar en la promesa de la señora Wilson y volvernos por el próximo bete de Boulogne?

No, mil veces no. La felicidad de Maria es demasiado sagrada y valiosa para exponeria así à los caprichos de una mujer irritable y que, además, también tiene ofensas propias de que quejarse y que piden venganza. Mañana puede cambiar de parecer y, en vez de facilitar nuestra seguridad, puede ser medio de que se nos persiga. Sólo confiaré en mí mismo.

Regocijábame por amor à Maria, de saber que si las aseveraciones que acababa de leer eran ciertas, ella si había sido la esposa legitima de sir Mervyn Ferrand. Por otra parte, esto no atenuada à mis ojos el crimen de su intención, ni disminula mi odio y mi desprecio por èl, ni cambiaba tampoco en un ápice la posición que Maria tenía ante mis ojos. Que hubiese sid casado ó que no lo hubiese sido, para mi era ella cuanto puede ser una mujer. Aunque la vileza de un hombre infame había tratado de rebajarla ante el mundo, y aunque sus manos estaban inconscientemente tintas en la sangre de ese hombre, para mi ella era tan pura como una vestal, tan inocente como un niño.

Si me alegraba, era por ella. Yo bien sabia que si me era dado poner en sus manos pruebas de que ella había sido la esposa legítima de ese hombre—pruebas de que, si tal le parecia,

era libre de llevar su nombre sin valor, sin que el mundo tuviera ningún derecho de censura de desdén—ella sentiría renacer el respeto de si misma de una manera comprensible sólo para una mujer. Y María, con todo su orgullo y sus pasiones, era una verdadera mujer, llem de ese temor delicado de la vergüenza que caracteriza á las mejores entre su sexo.

Mas ¿cuándo podría hablarle sobre este asurto? Para hacerlo era preciso decirle que su marido había muerto, y esto hacía salir á luz toda la historia. La idea de lo que esto podia significar me hizo estremecer. Era seguro que los detalles dramáticos de la muerte de Mervyn sugeririan algo à su espíritu, acaso todos los horrores de aquella noche fatidica, y le harian recordar lo que había hecho en su locura. Más bien que correr este peligro, me era preferible dejarla sufrir bajo el peso de lo que ella consideraba como una vergüenza. Lo que me importaba era hacerle creer que sir Mervyn vivia y no se cuidaba absolutamente de la mujer quien juró una vez falsamente amar y proteje, hasta la muerte. Este pensamiento me hizo ma decir la memoria de ese infame.

Probaba su cinismo empedernido el que habia mandado á Maria á vívir con una de sus queridas desechadas, y el que la señora Wilson aceptase tal cosa, me probaba hasta dónde puede rebajarse una mujer. La mujer que obedece órdenes de tal clase de un antiguo amanta, tiene que haber perdido hasta el último átomo de orgullo. En verdad que esos dos séres eran el uno para el otro en materia de bajeza.

Después de todo, la carta de la señora Wilson, levantó un peso de mi mente. Senti que por algún tiempo al ménos no se nos perseguiria. Mas, á pesar de esto, resolvi no correr el menor riesgo, sino apresurar nuestro viaje de modo de llegar cuanto antes á España. Sólo dentro de la frontera de ese pais podria yo dormir en naz

Resolvi posponer indefinidamente toda investigación acerca de la muerte de la primera senora Ferrand. Si las cosas salian bien, algún dla podría yo volver à Inglaterra à buscar los documentos necesarios para probar la validez del matrimonio de María. En esto no había prisa. En cuanto à cualquier dinero que pudiera tocarle, con mi consentimiento ella nunca recibiría un ochavo de lo que le viniese por ese hombra.

Si mis meditaciones parecen largas sobre el papel, en realidad fueron más largas todavia; el hecho es que me hallaba engolfado en ellas cuando llegamos à Boulogne. Bajé à la cámara en busca de mis compañeras, y hallé que habian soportado muy bien la travesía. Pronto estavimos en el tren, y sin que hubiese ocurrido nada digno de notarse, à las ocho de la noche nos hallábamos en la estación del Norte de París.

Subimos à un coche, y atravesando calles brillantemente iluminadas, llegamos al Hotel del Louvre. Una vez hechas sus abluciones después del viaje, mi madre dió un suspiro de sa tisfacción al sentarse á la mesa de comer. Sien do una mujer sensata, sabía apreciar las bue nas cosas de esta vida. Además de nosotros, ha bia varias otras personas en el gran comedor, y más de una caleza se volvió á mirar á la her mosa joven semada á mi izquierda. Con cada día que pasaba y que le traia fuerza y salud recuperaba María su espléndida hermosura Así que antes de mucho volvería á ser—en apa riencia al menos—la María de otros tiempos.

-¿Cuánto tiempo permaneceremos en Paris!

me preguntó mi madre.

—Son las 9 y media y nuestro tren sale ma ñana á las 8,45, así que usted puede calcular e tiempo, contestéle.

—¡Qué ridiculez! Si hace muchos años que no vengo á Paris, y deseo visitar los almacenes.

Lo mismo le pasa a María.

Tenga usted presente, mi querida madra que el hombre—y más aún la mujer—que se detiene en Paris está perdido. Si usted piensa ir á otro lugar, no hay más que pasar de largo, ó sino, no se llega. Sé esto por experiencia y no quiero correr tal peligro.

-Pero recuerde usted que somos unas pobres mujeres muy débiles, y que esta n.ña no

està fuerte ni en buena salud.

Al hablar así se sonrió mi madre, y María le dió las gracias con los ojos por el cariño que había en sus palabras.

-Vamos, Alberto, continuó, no sea usted cruel, dénos siquiera un día

-Ni uno solo. Voy al punto á buscar un guia para que viajemos con toda la comodidad posible.

Esto no pareció gustar á mi madre, quien repitió que yo era cruel. ¡Cómo me hubiera calificado si hubiera sabido que, á no ser por la carta recibida en el banco, en vez de venir á los cómodos apartamentos que ocupábamos, hubiéramos ido de una estación á la otra, á tomar el tren para el Sur, sin detenernos en Paris ni siquiera unas horas! ¡Cuán poco sabia ella, cuán poco—al menos así lo deseaba yo—sabia María del motivo de nuestra fu ra!

Comprendi que era preciso dar à mi madre alguna explicación de mi prisa; asi, antes de

ir en busca del guia, le dije aparte:

-- No conviene que Maria permanezca en Paris, pues una persona, con quien ella no debe encontrarse, fué vista aquí hace poco tiempo.

Me disgustaba este engaño, pero ¿qué podia yo hacer? ¡Ay de mi que veia mi vida, en un tiempo capaz de soportar sin temor la inspección del mundo entero, convertida hoy en una serie de desepciones! ¿Volveria yo alguna vez

à mi antiguo ser?

Después de esto mi madre no puso ningún obstáculo. Hallé un guía en la persona de un caballero, de poblada barba, que habiaba todos los idiomas europeos con imparcial imperfección. Dile instrucciones para que tuviese todo listo en la mañana siguiente, diciéndole que recogiese nuestro equipaje, y que con excepción de la pequeña parte que llevariamos

con nosotros, mandase el resto directamente i Burgos. No tuve especial razón para escoger este lugar, pero no sé por qué se me ocurrié ese punto en donde podíamos descansar en se-

guridad.

Nuestro viaje del segundo dia fué pesado, fastidioso y fatigante. Mis dos compañeras no habian descansado del tragin de la vispera, ahora que la seguridad de María parecia casi asegurada, se efectuó en mi una rescción. Y esto no tenía nada de extraño. Me estremezco al pensar en la tensión de cuerpo y de espliita à que habia vivido sujeto en la última quincena. Yo me sentia pesado é indolente. En la atmósfera flotaba una densa niebla, y el tal tren expreso se arrastraba perezo-amente, según el bien conocido modo de los ferrocarriles fran-

Orleans Blois, Tours, Poitiers, Angouleme, Coutras, y otras estaciones, pasaron delante de mi como en un sueño. Hacia el fin del dia nos alegramos de ver que nuestra jornada terminaba en Burdeos.

Mi madre, que era muy aficionada á consultar les libros de guía, había pasado una gran parte del tiempo entretenida hojeando una guía de Murray que sacó de su maleta de viaie. Como sabia que ibamos à dormir en Burdeos, ya habia trazado el plan de lo que alli habíamos de ver y hacer. Tenía una visita provectada à la parte de la ciudad en donde se nallan esas interesantes construcciones de madera que datan del siglo XV, luego veriamos

la catedral v sus hermosas torres, así como las antiguas iglesias de Sainte-Croix y Saint-Seurin, y muchos otros interesantes lugares y objetos. Me fué preciso usar de cuanta insistencia estaba á mi alcance y de toda la necedad de enfermo que pude fingir para lograr que consintiera en emprender viaje de nuevo al dia siguiente por la mañana. Empero me mantuve firme y à haberlo podido hacer, habriamos seguido por el tren de media noche. Ya que tan carca estábamos de la frontera y de la salvación, estaba resuelto á no correr riesgo por demasiada confianza en nuestra buena suerte.

Asi, à la mañana signiente, aun antes de que amaneciese por completo, nos dirigimos a la estación. Creo que mi buena madre ya empegaba á figurarse que vo había perdido la chaveta, y declaro francamente que no veta que razon podia haber para convertir en penalidad lo que hubiera muy bien podido ser un placer. Bien poco sabia ella acerca de ese viaje, que nada en el mundo podria haber hecho placentero para mi: ni siquiera el encontrar de vez en cuando las miradas de Maria clavadas sobra mi con tierno interès-según me parecia-ni el rubor que al ver que vo lo notaba subia à su rostro, ni aun eso siquiera, podia indemnizarme de la angustia que sufria.

¡Qué tren tan lento y pesado! A cada instante nos deteniamos. Atravesábamos un pais que ni bajo otras circunstancias y en verano hubiera podido despertar en mi el menor interes. Por fin, después de cinco horas, llegamos à Baneos, cuya vista me fué en extremo bienvenida pues en menos de dos horas nos hallariamos e España.

Apoderóse de mí una extraña sensación, tar fuerte, que desde entonces he perdido toda f en los presentimientos. Algo me decia que to dos mis esfuerzos habían sido vanos: que en la frontera misma se habrian recibido ciertas no ticias en virtud de las cuales se nos prenderia. y que Maria, con un pie en la tierra de salvación y de refugio, iba á ser arrastrada á nues tro pais à afrontar todos los horrores de uz juicio por asesinato. Los hechos demostraron l absurdo de tal fantasia, que sólo puede explicarse teniendo en cuenta la tensión constante de mis nervios.

Me puse tan pálido y tembloroso que mi madre y Maria se asustaron muchisimo: me die ron un trago de brandy que en algo me calmo Despues de algún tiempo recuperé mi serenidad de ánimo, y aunque el temor no había des aparecido aguardé con todo el estoicismo de un indio lo que en la frontera pudiera suceder. Habia hecho cuanto a mi alcance estaba. Si el desastre sobrevenia en el último momento, al menos me quedaría el consualo de haber hecho todo lo posible por evitarlo.

Ya hemos dejado atrás à Biarritz, ese hermoso lugar de aguas y de recreo. Luego pasamos por Hendava, la ciudad fronteriza francesa; A nuestra izquierda se alzan los Pirineos. Poco. después nos ballamos en Irún, en donde nues

yona. Detrás de la ciudad se erguían los Pin, m equipaje es cuidadosamente inspeccionado. Ya e tamos en España! Nadie nos causó la menor molestia, ni ningun sospechoso individuo nos siguió. Larga detención la de la aduana. cuvos empieados se empeñan en ser estrictos en el cumplimiento de su deber. Afortunadamente nuestro noble correo nos libra de toda molestia personal y nos sirve leal y concienzu-

> La via del nuevo tren en que continuamos el viaje es de distinto ancho de la que hemos traido. Hasta las horas del dia han cambiado de repente, con lo cual se produce una diferencia-no recuerdo en que sentido-de veinte minutos, pues va nos regimos por Madrid. Estamos en suelo español y María está salva, de los demás al menos, pero ahora tengo que salvarla de si misma.

> Nunca, nunca sabrà ella el secreto terrible de aquella noche memorable. Iremos al Sur, á a patria de la luz, de la belleza y de las flores, todo el pasado será olvidado. Hasta vo misno desecharé de mi mente el negro recuerdo y me diré que fué un sueño- Ganaré el amor de Maria, que va casi me atrevo à creer que es mio, y pasaremos nuestra vida en las hermosas tlerras bendecidas hijas del sol. ¿Qué me importa la Inglaterra, fria, pesada, nebulosa? Por ventura no tenemos juventud, riqueza, y o que vale más que todo, amor? Ante nosoros tiende el futuro luengos años de placer. Es preciso vencer toda idea triste porque he Vencido à la snerte.

Después de pasar á San Sebastián el tren arrastra lentamente por el valle de Urumer ¡Qué paisaje tan bello! El ferrocarril está com truido á grande elevación y de vez en cuand alcanzamos à ver en la distancia hermosos villes. Ya me sentía yo capaz de contemplar admirar el espléndido panorama, que continu

hasta que llegamos à Miranda. Mi estado de ánimo cambió con el paisaj reia y me chanceaba. Cada una de las nueva estaciones à que llegábamos daba aumento mi alegria. Me burlaba de la gravedad impo nente de los empleados españoles del ferroca rril, à quienes querla hacer considerar por m companeras de viaje com bien nacidos hida gos, forzados por la pobreza à ocuparse eu c humilde oficio en que los hallábamos. No m queje de la notable lentitud del tren, aunque en todo tren español el viajero menes exige te suspira por la velocidad, que entonces parece de relâmpago de los tan calumniado trenes franceses. Ya nada me importaba la ta danza-si tenia la vida entera delente de m Mi alegría se hizo contagiosa.

Mi madre reia hasta que las lágrimas le saltaban á los ojos, y en los labios de Maria vill sourisa de mejores dias, que no habia visto iluminar su faz en todo el tiempo transcurrididesde que en tau tristes circunstancias reanudamos nuestra interrumpida amistad.

Mis lectores que hayan viajado en Espafia apenas me creerán cuando les diga que conser vamos todo el compartimento a nuestra sola

disposción, sin la inevitable visita del español encapotado, que fuma como una chimenea y que no deja abrir las ventana. Esto lo debiamos á nuestro buen correo á quien comuniqué desde un principio, instrucciones claras y precisas. El se valió, en virtud de ellas, de argumentos mercenarios y que—si por ello me hubiese preocupado—me hubier n parecido demasiado costosos. Pero logramos nuestro objeto y nuestra intimidad y reclusión fueron respetadas.

Mi nadre dormía ó pretendia dormir. Yo, sentado cerca de Maria, murmuraba á su oido mal encubiertas frases de amor. Nada me contestó ella, ni yo esperaba que ella me contestase. Ruborizóse, bajó los ojos y suspiró. En sus labios vi una triste sonrisa, una sonrisa que encerraba un mundo perdido y llorado. Su suspiro y su sonrisa me decian que me comprendia, pero que nada podía yo esperar. El pasado nunca pridona. A pesar de esto ella dejó su mano entre las mías y aunque después de lo ocurrido parezca cosa increible, por una vez después de tanta amargura me senti feliz.

Para mi el viaje acabó demasiado pronto. Esa noche llegamos á Burgos, la antigua capital de los reyes de Castilla. Al tenderme en mi lecho dormi como no había dormido desde la noche anterior á aquella en que Maria, cubierta de copos de nieve, se había presentado en frente de mi ventana, y apareciendo otra vez en mi existencia, me había dado algo por que vivir y

algo que esperar.